

Cuadernos de Arqueología
Universidad de Navarra 24, 2016

DOI: 10.15581/012.24.002

LOS JARDINES DE LA ROMA CLÁSICA: IMAGEN DE PODER Y MECENAZGO

THE GARDENS OF CLASSICAL ROME: IMAGE OF POWER AND PATRONAGE

CRISTINA MUÑOZ-DELGADO DE MATA¹

RESUMEN: En el mundo Clásico, los jardines fueron un medio clave no solo de vinculación con las divinidades, o de prácticas agrícolas, funerarias y filosóficas, sino una vía de enaltecimiento personal, familiar y político, que fue empleada tanto por dirigentes como por personajes cultos de ámbitos socialmente elevados. Con la llegada de las influencias helenísticas a finales de la República Romana, el tradicional *hortus* sufriría una serie de cambios de los cuales nacería un nuevo concepto de jardín, tanto en su estructura como en sus funciones, cuya influencia se dejó sentir en el devenir de siglos posteriores.

PALABRAS CLAVE: jardín, *hortus*, poder, pórtico, *otium*.

ABSTRACT: In the classical world, gardens were a key means not only link with the divinities, or agricultural, burial and philosophical practices, but a way of personal, family and political aggrandizement, which was used by both leaders as cults characters socially elevated areas. With the advent of the Hellenistic influences in the late Roman Republic, the traditional *hortus* suffer a series of changes which would be born a new concept of garden in both its structure and its functions, whose influence was felt in the course of later centuries.

KEYWORDS: garden, *hortus*, power, portico, *otium*.

¹ La autora pertenece al departamento de Historia Antigua, Historia Medieval, Paleografía y diplomática de la UAM. También miembro fundador del grupo de Investigación de Iconografía Clásica GREIGA de la UAM, miembro fundador del grupo de Jóvenes investigadores ITHAKA y miembro del Consorcio MUSSACCCES.

1. INTRODUCCIÓN: FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LOS JARDINES ANTIGUOS ROMANOS

En la Antigüedad Clásica los jardines constituyeron un medio fundamental de exaltación del poder del propietario de los mismos. A pesar de que sus orígenes se retrotraen al mundo oriental, fue en Grecia donde con el inicio de las principales escuelas filosóficas de los siglos V-IV a.C., –la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles o La Escuela del Jardín de Epicuro–, y las conquistas de Alejandro Magno en Oriente, surgieron los modelos que posteriormente se consolidarían en Roma. Estos modelos, sustituirían paulatinamente al *hortus* romano, especialmente a finales de la República, favorecidos por el proceso de helenización que tuvo lugar en los estratos superiores, y en época Imperial.

Sin embargo, el conocimiento sobre los jardines antiguos en general, a pesar de las numerosas publicaciones sobre los mismos, y el de los romanos en particular, se ve limitado por diversos aspectos.

En primer lugar, porque las fuentes conservadas no son muy numerosas, ni dan excesivos detalles sobre los mismos. Muchas de estas fuentes clásicas conservadas gracias a la labor de los copistas medievales, son tratados de agricultura como el *Tratado de Agricultura* de Catón (ed. 2012), las *Geórgicas* de Virgilio (ed. 1990a), el *Tratado de Agricultura* de Paladio (ed. 1990) o el poema *De cultu Hortorum* de Columela (ed. 2004).

Igualmente encontramos obras de carácter más bucólico y mítico como las de Lucrecio (ed. 2003), *Catulo* (ed. 1993), Virgilio (ed. 1990a; ed. 1990b; ed. 1997); otras más sensuales y relacionadas con la filosofía epicureísta, como las de Horacio (ed. 2007; ed. 2008) u otras que seguían la línea más del Arcadismo literario, como las *Elegías* de Propertio (ed. 2008) y de Tibulo (ed. 1993) o las obras de Ovidio (ed. 2008).

Asimismo, contamos con escritos como la *Historia Natural* de Plinio el Viejo (ed. 2002), y las *Cartas* de Plinio el Joven (ed. 2005) que aportan información sobre la decoración y la estructura de las villas, así como con obras en las que se trataba el tema del jardín y la naturaleza desde el plano filosófico e intelectual, como ocurre en Cicerón, Platón, Aristóteles o Séneca. De todas ellas, se pueden extraer aspectos, matices, usos, etc. de diferentes jardines, pero no poseemos una clasificación o descripción exhaustiva de los mismos.

Por ejemplo, gracias al testamento de Teofrasto, discípulo de Aristóteles, se tiene conocimiento de la organización arquitectónica del Peripato, el cual contaba con un *Museion* con estatuas de las diosas, un templo con estatua y exvotos, donde se colocaría la estatua de Aristóteles, un pequeño pórtico, una

stoa inferior... (Di Pasquale, Paolucci, 2007: 55), pero nada más allá quizá, de lo meramente anecdótico o circunstancial.

En segundo lugar, porque junto con el legado literario del mundo clásico, para el estudio de los jardines romanos en la Antigüedad, resultan fundamentales las fuentes jurídicas, –como la Ley de las XII Tablas (Gothein, 1979: 83)–, y muy especialmente los restos arqueológicos, –principalmente inscripciones, epígrafes y esculturas, pero también algunas pinturas, mosaicos y restos arquitectónicos–, ya que el devenir de los siglos y las sucesivas construcciones sobre las villas, baños y vías donde se situaban estos jardines han hecho que no se conserven como antaño.

El mismo arquitecto Andrea Palladio (ed. 2008: 72), ya en el siglo XVI con el deseo de la recuperación y reinterpretación del pasado clásico, en su obra *Las antigüedades de Roma*, señalaba como “hubo en Roma un número infinito de estatuas, a pie y a caballo, de todo tipo de material y sobre todo de mármol de las que, si alguna queda en pie, la mayor parte está arruinada (...)”.

En este sentido, los descubrimientos de Pompeya y Herculano siglos más tarde resultaron trascendentales para el estudio de los jardines, y de manera especial, para apreciar la evolución del *hortus* tradicional romano al jardín romano de clara influencia helenística, que predominó desde finales de la República y durante el Imperio. Estos yacimientos cuentan con ejemplos de casas de tipo itálico, samnita y helenístico, lo que ha permitido conocer como el *hortus* era algo tradicional, antiguo y heredado, (Jashemski *et al*, 1981: 2), a pesar de los cambios sufridos.

Igualmente, en ellos se aprecia como la decoración escultórica no se reducía a las fuentes, sino que muchas de las piezas en bronce o piedra se hallaban en medio del jardín, creando a la vez, ambientes evocadores y bucólicos, paradisiacos y dionisiacos (García-Entero, 2003-2004: 65), especialmente a partir de la influencia helenística, lo que muestra como el *hortus* romano fue convirtiéndose cada vez más en una fuerte imagen de poder de su dueño.

Asimismo, un ejemplo clave fue el hallazgo en 1995 de un pecio del siglo I a.C. que había naufragado en las costas de Túnez y que transportaba un conjunto de piezas, en su mayoría esculturas, así como piletas, surtidores y candelabros, que fueron trasladadas a Bonn y colocadas en el patio interior del Landesmuseum, y que constituyen una reconstrucción de los jardines romanos del momento de gran interés (Kluckert, 2000: 16-17).

Son estas manifestaciones artísticas, y las referencias textuales que se conservan sobre ellas y los jardines, las que evidencian cómo mediante la imagen tanto escultórica como arquitectónica proporcionada por los jardines, los mecenas de los mismos buscaron la exaltación de su figura, de su proceder y de su erudición. Una actitud que será retomada con posterioridad especialmente en la Edad Moderna.

2. EL HOMBRE Y EL JARDÍN. LA INFLUENCIA ORIENTAL Y GRIEGA

Considero importante hacer una breve reflexión sobre los jardines en sí para poder ahondar en el significado que más tarde adquirirán los jardines romanos para reforzar la imagen de poder de sus dueños.

Sabemos que los jardines son creaciones del hombre en su anhelo por entrar en contacto con la naturaleza, por recuperar la armonía con ella (Engel Torsten, 1992: 9-10). Sin embargo, a este anhelo se han dado respuestas diferentes en función del tiempo, el espacio, el pensamiento imperante y la propia intencionalidad del propietario. De esta forma, en los jardines se encuentra reflejada la cultura y la tradición de un pueblo, que puede ser estudiado de forma interdisciplinar mediante la Filosofía, la Historia, el Arte, la Botánica, la Geología, la Literatura, etc.

Esta relación del hombre con la naturaleza, ya que los jardines son “una faceta estética” (Segura Munguía, 2005: 11) de la misma, encuentra su origen en tiempos remotos. Ya los pueblos del antiguo Oriente se sentían parte integrante de la misma. En estas civilizaciones, se sitúa generalmente el origen de los jardines, con ejemplos como el bíblico Jardín del Edén, que recibían el nombre de *parádeisos* (Martínez, 2008: 280), –término que los griegos adoptaron del antiguo iranio–, ante la necesidad de contar con lugares de descanso y frescor en aquellas zonas en las que imperaba el desierto (Segura Munguía, 2005: 58).

Estos primeros vergeles y “paraísos”, despertaron prontamente la admiración de los griegos, como muestran personajes como Ateneo (V, 196E)² y Jenofonte (*Oec.*, IV, 20-23; *An.*, I, 2,7; *Cyr.*, I, 3, 14), ejerciendo una notable influencia (Titley, Wood, 1991).

Otros, son recogidos por el mismo Plutarco (*Alc.*, XXIV), y otros autores como Estrabón (XVI, 1, 5), Diodoro de Sicilia (II, 10), Filón de Bizancio (Martínez, 2008: 286), etc.

No obstante, a diferencia de los orientales, los griegos desarrollaron un pensamiento distinto sobre la relación del hombre con la naturaleza. Gracias a la reflexión filosófica, mantuvieron un sentimiento de superioridad respecto a aquella. Esa concepción de autonomía, se sustentaba en el hecho de que el hombre estaba dotado de *logos*, mediante el cual era capaz de conocer la naturaleza y de establecer un criterio de actuación conforme o no a ella.

² “Sobre la galería de pilastras del pabellón había cien estatuas de mármol de los escultores más importantes. En los espacios intermedios, pinturas de los artistas sicionios y, alternando con ellas, imágenes selectas de todo tipo, túnicas tejidas de oro, y hermosísimos capotes, algunos con los retratos bordados de los reyes, y otros con representaciones mitológicas”.

Esta certeza, y ese sentimiento de superioridad, llegó incluso en ocasiones a plasmarse en un rechazo al medio natural, y en definitiva, a los jardines como lugar en el que formular y exponer las enseñanzas filosóficas, como ocurrió en el siglo II d.C. con la postura filosófica del estoicismo, formulada por Zenon de Citio.

Los estoicos defendían que gracias al *logos*, el hombre podía actuar conforme o no a la naturaleza, subrayando de esta manera dicha autonomía, que se basaba en la capacidad racional del ser humano (Erskine, 2011: 16).

A diferencia de los estoicos, Platón, Aristóteles, Epicuro y sus discípulos, desarrollaron su actividad filosófica en torno a importantes y célebres jardines, y muy especialmente en las bibliotecas (Bazin, 1990: 15) y en el pórtico.

Esta estructura arquitectónica del pórtico fue incluida por los romanos en sus *horti*, y con ello, buscaban subrayar el hecho de que el señor de la *domus* estaba al tanto de las corrientes intelectuales y culturales helenísticas que imperaban desde finales de la República imperaban. En este sentido, este hecho evidenciaba en cierta forma su erudición y su “modernidad”. Además, esta estructura arquitectónica novedosa, le permitió al *dominus* realizar otras funciones sociales como se señalará más adelante.

No obstante, cada uno de los filósofos mencionados, desarrolló su propia idea y filosofía en relación a la naturaleza, como ocurrió con Platón y Epicuro, en cuyas diferencias hizo hincapié en numerosas ocasiones Plutarco (Rodríguez Adonis, 1995: 178). Así pues, vinculado al mundo del pensamiento filosófico, surgirían una serie de jardines relevantes que serían referentes de perfección e imitación.

Además de en el mundo filosófico, dentro del mundo griego, y concretamente de la literatura griega, también se pueden diferenciar diversos tipos de jardines, aunque la descripción de los mismos estuvo muy vinculada desde sus orígenes con el arte de la retórica, como se demuestra en autores como Hermógenes (siglo III d.C.), (Martínez, 2008: 281)³, o el sirio Libanio (siglo IV d.C.) en su *Progymnasmata* (Martínez, 2008: 281)⁴.

Así pues, estaban los jardines filosóficos, los sagrados, generalmente grutas o bosques, los privados que se hallaban en las casas, o los situados en los baños y lugares públicos.

³ Quien sostenía que “describir la belleza de un lugar, diversas plantas, variedades de plantas, variedades de ríos y similares, produce placer a los ojos al ser vistos, y a los oídos, cuando alguien los expone”. HERMÓGENES, *Sobre las formas de estilo*, 331.

⁴ Quien se sirve del conocido jardín de los Feacios descrito en la obra de Homero (Hom., *Od.*, VI, 291-132, VII, 112-132), como ejercicio de descripción retórica. LIBANIO, *Progymnasmata*, IV, 1077-1078.

Posteriormente, autores contemporáneos han establecido distintas tipologías de jardines en base a las referencias conservadas en las obras grecolatinas, como las doce establecidas por Ferriolo (1989: 86-87)⁵ o las catorce de Martínez (2008: 283).

Sin embargo, cuando se analizan los diferentes tipos de jardines presentes o mencionados en las obras literarias clásicas, cabe destacar cómo estos jardines –especialmente los referenciados en las obras literarias como Homero, Hesíodo, etc.– eran principalmente hortícolas o de carácter sacro.

Este aspecto también se dio inicialmente en Roma antes del proceso de helenización sufrido ya en época de la República y durante el Imperio. En el caso de Roma por ejemplo, se aprecia como en el siglo I a.C., la religión en los *horti*, –aspecto fundamental como ya lo era antaño–, comenzó en ese momento a convivir en ambientes también destinados al ocio.

Autores como Grimal (1969:57), sostienen que la influencia griega de lo sagrado estaba muy presente en las innovaciones de los jardines romanos. Aunque no niega que también hubo previamente una antigua vinculación del campo con las divinidades romanas como Pomona, Príapo, Venus, etc. o con personajes como los sátiros. Divinidades y seres mitológicos a los cuales se les confiaba el cuidado del jardín o del campo, como evidencia por ejemplo la inscripción en una piedra hallada en las cercanías de Padua:

“Yo, un hombre leal hacia ti, administrador del tesoro público en tiempos pasados, y ahora labrador de un pequeño campo, te dedico este templo Priapo. En compensación por esta obligación, si es tu voluntad, respetado dios, quiero acordar contigo que seas siempre el guardián de mi campo, para que si alguien intenta maltratar nuestro terruño, a él tú–, pero me detengo porque ya sabes lo que sigue” (Fernández Martínez, 1998: 180, nº. 269).

Por tanto, los jardines contaban inicialmente con una utilidad principalmente práctica, –agrícola o religiosa–, y no tanto la del recreo o el *otium*, como más tarde sí que se contemplará en época Helenística e Imperial, donde por medio de dicho *otium* en los espacios ajardinados, se pretendía ensalzar la figura del poseedor del mismo, de sus orígenes o hazañas.

No obstante, el hecho de poseer un jardín no sería más tarde reducido a un mero lujo estético y estéril, sino que siguió considerándose como un verdadero homenaje tributado a los espíritus del pasado (Segura Munguía, 2005: 57). De esta manera, al carácter religioso y hortícola inicial, al que se uniría más tarde el de recreo, contó a su vez con un carácter funerario.

⁵ El divino, el fértil, los reales, los públicos, los dedicados a divinidades, los de recreo de los dueños, los filosóficos, los de Adonis, los pequeños bosques relacionados con cultos divinos, los huertos de cultivo, viñedos y el paradisíaco o de tipo iraní.

De esta manera, especialmente en el siglo I a.C. pero incluso ya antes, el aspecto funerario de los jardines se evidenciaba mediante la presencia de pequeños altares o *lararia* donde se rendía culto a los difuntos y a las divinidades protectoras vinculadas con el campo y la casa.

Así pues, el jardín quedaría vinculado tanto con la filosofía y sus diferentes escuelas, con el mundo funerario, con la agricultura, y cada vez más especialmente con el poder, como se evidenció en Roma.

En este sentido, es relevante tener en cuenta que, los jardines al igual que el arte, como apunta Gothein (1979: 53), se desarrollaron de la mano de los poderosos.

Así pues, encontramos numerosos ejemplos a lo largo de la historia, en los que por medio de los jardines, su construcción y decoración, los gobernantes pretendieron y lograron proyectar una imagen de poder no sólo en la colectividad que tenían a su cargo, sino y especialmente, en otros gobernantes. Ejemplo de ello, fueron los tiranos y monarcas helenísticos, quienes mandaron construir bellos jardines en sus palacios y residencias como reflejo de su imagen de supremacía, lo que igualmente harían los diversos emperadores y patricios romanos en siglos venideros.

Fue en época Helenística cuando se crearon los jardines que posteriormente ejercieron una mayor influencia en el mundo romano, y por ende en siglos posteriores. El proceso fue de la siguiente manera.

Tras las distintas batallas, Alejandro Magno se hizo con el control de los palacios persas, y de sus bellos jardines. Al morir, sus sucesores imitaron el lujo y la fastuosidad de los mismos como modo de legitimación y como demostración de poder, siendo en ocasiones regalos como el que Demetrio Poliorcetes recibió en el año 281 a.C. por parte de Seleuco (Segura Munguía, 2005: 60).

De esta manera, en los distintos reinos helenísticos, la construcción de jardines y el papel de los mismos como imagen de poder y lugar de descanso y recreo, se extendió por el Mediterráneo, gracias a los diversos contactos de estos con otros pueblos.

Esto explica los ejemplos que se encuentran especialmente en la Magna Grecia y otras colonias griegas en torno al siglo III a.C. Así pues, destacaron algunos jardines como los de los tiranos Gelón, Hierón II de Siracusa y Dionisio el Viejo.

De esta forma, paulatina pero imparablemente, los jardines de influencia helenística pero en ámbito romano, tanto públicos, –como los *Horti Caesarias*, el pórtico de las Danaides, y más tarde, el pórtico de Livia o el de Pompeyo–, como los privados, –como el del poeta trágico *Pomponius Secundus*, el de Séneca o el de Dión Casio–, fueron creciendo en número, y poco a poco, no sólo los ti-

ranos o monarcas, sino también los aristócratas comenzaron a rodearse de jardines y pórticos.

3. EL *HORTUS* ROMANO

Para poder comprender el proceso de cambio que supuso la helenización en el ámbito del *hortus* romano, y en la creación posterior de los bellísimos jardines imperiales, es importante hacer breve y esquemáticamente una referencia al origen y devenir del mismo.

Antes de que las influencias del pensamiento griego se introdujeran en la mentalidad de algunas de las principales personalidades del mundo romano republicano, –como fue el caso de los hermanos Graco–, en Roma el modelo de jardín y huerto tradicional era el denominado *hortus*, término latinizado de la palabra griega *khórtos* (Segura Munguía, 2005: 67).

Durante el período de la monarquía, el mundo etrusco ejerció una notable influencia, tanto en los modelos de cultivo con sus diferentes especies, como en los lugares sagrados. De esta forma, encontramos en la primitiva Roma bosques sagrados como el *lucus populorum*, *lucus platanorum* y *lucus fagutalis*, (Rodríguez López, 2008: 25) que evidencian una clara dependencia del mundo de Etruria; así como espacios verdes, propiedad de todos los ciudadanos romanos.

A pesar de ello, el *hortus* fue principalmente un tipo de espacio, cuya principal actividad era la de tipo agrícola, que contaba a su vez con un fuerte halo religioso y funerario. Más tarde, con la helenización, se introducirá una nueva finalidad, que hará que se distingan incluso en las fuentes, los jardines meramente hortícolas de los dedicados principalmente al recreo u *otium*.

El *hortus* inicial, no tenía por qué estar cercado necesariamente, puesto que podría ser igualmente un viñedo, o contar con una extensión mayor que dificultase su delimitación, o sencillamente como señala Juvenal (VI, 15-18), no requería de tantas prevenciones.

Sin embargo, se puede apreciar como antes del siglo V a.C., el *hortus* o huerto, sí que estaba acotado, y era exclusivo del hogar familiar, como medio clave de subsistencia y como lugar de culto a sus antepasados.

No obstante, se han dado numerosas significaciones al término *hortus*, desde que se menciona por vez primera en la Ley de las XII Tablas (Gothein, 1979:

83), debido a los cambios que a lo largo de los siglos sufrió el concepto inicial romano respecto al mismo⁶.

El *hortus*, especialmente a partir de la República con las influencias helenísticas, vio ampliado su significado, sus propiedades y usos: podía ser grande o pequeño, urbano o suburbano, militar o funerario –especialmente a partir del S.I a.C., cuando se erigen pequeños altares en los huertos donde se colocaban las cenizas del difunto (Rodríguez López, 2008: 126 y ss.) y aumentaban los mausoleos (Verzár-Bass, 1998: 407-415)–, comercial o de autoconsumo.

Podía aludir también a los jardines, privados o públicos, es decir, a espacios no dedicados al cultivo directamente.

Incluso, cuando el término aparece en las fuentes en plural, *-horti-*, puede estar aludiendo a los jardines de las suntuosas villas de recreo situadas en el campo a las afueras de la ciudad, o en la misma. En este sentido, encontramos ejemplos como las que mandaron construir emperadores y gente de buena posición social en el mundo romano, como la del mismo Plinio el Joven en Laurentium (Plin. *Cartas*, II, 17) o la de Cicerón en Puteoli, quien tenía entre sus máximas el: *Cum dignitate otium* (Lintott, 2008: 215), en su deseo de encontrar el descanso sin desocuparse de sus tareas como ciudadano romano.

Igualmente, y a pesar de la helenización, las viviendas solían contar con un pequeño espacio destinado al cultivo, –el *hortus* propiamente dicho–, y a albergar las distintas especies animales que poseyeran, –generalmente aves de corral–, situado según Vitrubio (VI, 3; 4; 5) al fondo o al lado de la casa.

Sin embargo, con la influencia helenística, se introducirán novedades que irán subrayando cada vez las diferencias entre los jardines meramente de cultivo y los destinados al recreo.

La principal de ellas, fue la que se introdujo en época tardo republicana en la casa romana: el peristilo o pórtico. Con este tipo de estructura arquitectónica, se comenzará a evidenciar la dialéctica entre la utilidad y la visión pragmática propiamente romana, de la lúdica procedente del mundo oriental, con la que sobre todo el propietario del mismo buscaba exaltar su figura, pues será en el pórtico o peristilo donde se desarrolle la vida social del dueño, –como muestran los hallazgos de cierto mobiliario como mesas, *klinai*, bancos...–, y este se muestre como un ciudadano culto (García-Entero, 2003-2004: 56).

Igualmente, otras novedades junto con los cambios en la misma arquitectura (Páez de la Cadena, 1982: 55-56) fueron la decoración escultórica, así como los juegos de agua, los mosaicos y la vegetación, mucho más enriquecidos y elaborados, que afirmarán el prestigio del señor de la *domus*.

⁶ Para saber más sobre la terminología de la palabra *hortus*, Cfr. RODRÍGUEZ LÓPEZ, R. (2008), *El huerto en la Roma Antigua. Su problemática urbanística y agraria* pp. 27 y ss.

De esta manera, paulatinamente, como señaló Hales (2003: 153), estas novedades y cambios en el *hortus*, proporcionarán libertad, puesto que sin dejar de lado totalmente sus funciones iniciales, –hortícolas, funerarias y sacras–, se convertirá en un lugar en el cual el *dominus* se podrá divertir, en medio de los alborotos de la vida cotidiana, sin estar alejado de la misma.

4. DEL HORTUS AL JARDÍN DE RECREO

Como se ha podido apuntar, a lo largo de los siglos, el *hortus* se fue adaptando a una serie de cambios sociales. De esta manera, pasó de ser meramente “la despensa” de la familia en la *domus*, a cuyo frente estaba la mujer (Gothein, 1979: 57; Rodríguez López, 2015: 43), a ser como señala Rodríguez López “un predio suburbano, en el que se alza una pequeña construcción para los aperos del fundo” (Rodríguez López, 2008: 83).

Es importante, tener en cuenta que igualmente, el buen cuidado del *hortus* tenía un trasfondo social relevante, puesto que debido a la antigua relación romana del hombre con la tierra, y en definitiva, del ciudadano romano con la tierra, el cuidado de la propiedad y del campo era un símbolo distintivo del buen ciudadano, y por tanto, también de poder y prestigio social.

Más tarde, con la decadencia de la República y la escasez de alimentos, el *hortus* pasó no sólo a ser fundamental en el aprovisionamiento de alimentos, sino que además se vio enriquecido por las influencias helenas, dotándose así de una doble función: agrícola y de recreo. Por ello, tras la unión de ambas características e influencias, pasaría a ser así un antecedente directo de los jardines privados, que comenzaron a expandirse tras el contacto directo con el mundo oriental en época de Sila con las guerras contra Mitrídates.

Fue entonces cuando el término *hortus*, comenzó a ser aplicado no sólo al huerto tradicional romano, sino al espacio urbano ornamental con vegetación diversa que se expandió por Roma, como mencionan los autores filohelenos como Publio Cornelio Escipión Emiliano “el Menor” y Décimo Junio Bruto Augur a finales del siglo II a.C. (Rodríguez López, 2008: 84).

Asimismo en el medio urbano de Roma, se mandaron construir este tipo de jardines de recreo. Algunos de ellos, fueron los célebres de Pompeyo y Lúculo, –los de este último situados en el Pincio, en pleno centro de Roma, siendo así una fuerte imagen de poder y opulencia–, quienes no sólo los favorecieron sino que construyeron para si mismos parques y jardines al más puro estilo de los paraísos orientales y de los jardines helénicos (Rodríguez López, 2008: 84).

Estas influencias orientales, se evidenciaban en aspectos como los estrechos canales de agua o riachuelos decorados, de clara influencia persa; en la presencia de jardineros profesionales posiblemente griegos, –como se muestra en la obra de Cicerón quien latiniza un término griego para referirse al arte de la jardinería (*ars topiaria*) y al jardinero (*topiarius*)–, y en los diseños y conocimientos hidráulicos que nos hablan de la influencia egipcia en dichos jardines, así como en la terminología que emplea Cicerón para designar a un canal: *nilus* (Gothein, 1979: 96).

Igualmente, la fuerte presencia de esculturas en los jardines, que en época republicana se había considerado como un exceso del lujo oriental, pasó a ser cada vez más frecuente, e incluso necesaria como medio para subrayar la opulencia del dueño (Kluckert, 2000: 16).

No obstante, los romanos no se limitaron meramente a copiar los modelos griegos, sino que los adaptaron a sus propias costumbres, valores y tradiciones, confiriendo así al jardín no sólo una mera función ornamental o de descanso, sino también agrícola y hortícola. De esta manera, *otium* y el *negotium*, quedaban relacionados resolviendo la disputa que se venía recogiendo en las fuentes desde tiempos atrás.

Así pues, a finales de la República, a pesar del aumento de la urbanización y de los usos de los suelos, se aprecia un crecimiento considerable de jardines especialmente en las casas de gente acomodada, aunque también de gente modesta, que buscaban dotarse de un jardín, aunque fuera de proporciones reducidas. Todo ello, lo que evidencia es que la imagen tantas veces repetida de que Roma se hallaba masificada poblacional y urbanísticamente, no era así, o al menos, no de manera tan exagerada como se ha venido manteniendo.

Igualmente, mientras que en el campo surgían en este momento las *villae* con jardines ornamentales de mayor tamaño y esplendor, también en Roma surgió junto al Tíber, un conjunto de villas con suntuosos jardines, separados en parte del tumulto de la ciudad, pero aún dentro de la misma, ya que la aristocracia romana, gustaba de estar cerca de los puntos centrales de decisión política. Así pues, la antigua Roma comenzó a contar con amplios remansos de vegetación y jardines pertenecientes a las casas de los principales personajes de la ciudad, quienes por medio de estos jardines mostraban su poderío y elevada posición social en la *urbs*.

Este interés por la posesión de jardines o huertos, llevó incluso a la especulación inmobiliaria como se deduce de la correspondencia entre Cicerón y Ático, donde se alude constantemente a la compraventa de los mismos. Pero sobre todo favoreció la creación o adquisición de muchos de ellos por emperadores, que vieron cómo por medio de la naturaleza y la ornamentación en la misma, su imagen de poder quedaba resaltada.

5. LOS CAMBIOS EN EL JARDÍN EN ÉPOCA IMPERIAL

A finales de la República y comienzos del Imperio, se produjeron una serie de desplazamientos poblacionales, favoreciendo la remodelación del territorio y del urbanismo de la ciudad de Roma, que se estructuró en catorce regiones. Algunos romanos aprovecharon esta situación para adquirir tierras y aumentar sus posesiones, creando verdaderos latifundios.

En este sentido, muchas villas lujosas comenzaron a ocupar espacios anteriormente dedicados al cultivo, lo que comenzó a ser motivo de queja por parte de autores como Horacio (*Epod.* II, 15):

“Ya pronto las regias construcciones dejaran pocas yugadas al arado; por doquier se verán estanques mayores que el lago Lucrino, y el plátano sin maridar sustituirá a los olmos. Entonces las violetas y el mirto y toda clase de olores esparcirán su aroma en los olivares, fértiles para su anterior dueño; entonces los espesos laureles impedirán con sus ramas los cálidos rayos. No fue así dispuesto bajo los auspicios de Rómulo y del hirsuto Catón, ni por el criterio de nuestros mayores. La hacienda privada, era para ellos, pequeña, grande la comunal. Ningún pórtico de diez pies de ancho acaparaba para los particulares, la umbrosa Osa, ni permitían las leyes despreciar el silvestre césped, ordenado decorar a costa de todos, las ciudades y los templos de los dioses con el nuevo mármol.”

Para frenar en cierta manera esta situación, Augusto emprendió una campaña propagandística en la que exaltaba la naturaleza y el hombre, –como se evidencia en la obra de las *Geórgicas* de Virgilio (ed.1990a), quien estaba al servicio del emperador–, para intentar devolver la tierra a los pequeños agricultores y campesinos, intentando frenar así la creciente presencia de amplias villas urbanas.

Asimismo, en las distintas obras literarias de la época se incidía en el valor del campo⁷ y se advertía también de los peligros que suponían los latifundios, pues eran los que ocasionan la decadencia de la agricultura.

Sin embargo, llama la atención que al tiempo que desarrollaba esta política, en la que se buscaba volver a los orígenes republicanos en los que la tierra

⁷ Hor., *Epod.*, II, 1-22. “Feliz aquel que de negocios alejado, cual los mortales de los viejos tiempos, trabaja los paternos campos con sus bueyes, de toda usura libre. A él no lo despierta, como al soldado, la trompeta fiera ni teme al mar airado; y evita el Foro y las puertas altivas de los ciudadanos poderosos. Y así, o bien casa los altos chopos con los crecidos sarmientos de las vides, o bien, en un valle recoleto, contempla las errantes manadas de mugientes reses; y cortando con la podadera las ramas que no sirven, otras más fértiles injerta; o exprime las mieles que guarda en limpias ánforas, o esquila a las débiles ovejas (...)”; Hor., *Epist.*, I, 10, 1-10; I, 14, 10-11; *Sat.*, 1-15; 59-77.

de cultivo y la ciudadanía romana estaban muy relacionadas y eran fundamentales, el mismo emperador favorecía la incorporación y creación de bellos jardines en lugares públicos como las termas o templos, a la vez que él mismo contaba con bellos jardines adornados con piezas escultóricas de gran valor.

Un ejemplo de ello, fue el que Mecenas le regaló en el año 8 a.C. (Segura Munguía, 2005: 74), en el monte Esquilino, y en el que viviría tras su destierro Tiberio (Gothein, 1979: 93), o la célebre *Domus Augustana*. Incluso, familiares muy próximos al emperador, como su esposa Livia, quien contaba con la bella villa de *Ad gallinas* en Prima Porta (Bazin, 1990: 19).

Más aún, el propio Augusto mandó construir en las orillas del río Tíber la *Naumaquia*, que fue rápidamente rodeada por el *Nemus Caesaris* (Segura Munguía, 2005: 76).

Igualmente, y de acuerdo con la virtud de la *pietas* del *saeculum augustum*, se debía venerar los lugares antiguos, lo que hacía necesario buscar el equilibrio entre el respeto a la propiedad privada y a las *mores maiorum*, junto con la necesidad de la simplicidad de los barrios residenciales, en los que por medio de estos jardines se buscaba evocar el paraíso (Zanker, 2008: 166, 192 y ss.). De esta forma, al igual que en otros aspectos de su gobierno, Augusto hubo de lidiar con el peso de la tradición y la nueva realidad romana, con vistas a consolidar su poder.

Por ello, aunque en época de Augusto, a pesar de que los grandes jardines se seguían denominando *horti* y contaban con algunas funciones hortícolas, el cambio ya era notable respecto a momentos anteriores.

En el siglo I d.C. la *urbs* romana era, como indican las fuentes, un verdadero cinturón verde, integrado por las propiedades de jardines imperiales y de propiedad privada, que aumentaría en expansión en el siglo II d.C. (Cimino, Le Peras, 2002: 23).

Resulta interesante cómo estos jardines comenzaron de una forma más evidente y palpable a ser el reflejo de la imagen de poder de sus dueños, tanto emperadores como patricios o personajes como el historiador Salustio, quien poseyó uno muy famoso en la parte oriental del monte Pincio, y que pasaría durante el reinado de Tiberio a estar bajo poder del fisco imperial. Tácito (*Hist.*, III, 82, 3; *Ann.* XIII, 47, 2), los menciona en sus obras.

Asimismo, uno de los jardines más destacados, fue sin duda el ya mencionado jardín de Licinio Lúculo, vencedor de Mitrídates, quien también mandó construir su jardín en el 66 a.C. en la colina del Pincio, conocida como la Colina del Jardín o *Collis Hortorum*.

Dicho jardín fue célebre por la riqueza de las piezas que albergaba, procedentes de las conquistas en Asia, lo que sin duda era un medio directo y evidente de cómo Lúculo quería resaltar su papel en las guerras y su destreza mi-

litar, pues cada una de las estatuas obtenidas como botín de guerra, mostraban la relevancia de su papel en la campaña asiática.

Tras su muerte, el jardín pasó a manos del cónsul de año 48 a.C., Publio Valerio Asiático, quien tras ser acusado de crímenes por Mesalina, mujer del emperador Claudio, perdió la propiedad, pasando a manos de esta, y posteriormente de sus hijos hasta Nerón, siendo así finalmente propiedad del fisco imperial (Segura Munguía, 2005: 73).

Asimismo, destacaron los de Mecenas, desde cuyo belvedere Nerón contempló el incendio de Roma según cuenta Suetonio (*Ner.*, VI, 38, 2-3). Este autor sugirió cómo este incendio fue causado por el emperador, quien entre otros motivos, ambicionaba los solares de los graneros que se situaban cerca de la *Domus Aurea* (Suet., *Ner.*, VI, 38, 1). Aspectos que han quedado superados en la historiografía reciente (Croisille, Martin, Perrin, 1999).

Otros jardines destacados fueron los de Asinio Polión, amigo de Augusto, situados al sur del Caelius y del Aventino, que pasarían al fisco imperial en época de Tiberio tras la muerte de su hijo Asinio Polión Galo, y posteriormente destruidos bajo el gobierno de Caracalla, quien mandaría edificar en el terreno las famosas termas, cuya decoración procedería de las piezas que antaño habían decorado estos bellos jardines.

Este es un buen ejemplo de cómo las piezas escultóricas que decoraron algunos de los edificios públicos no siempre fueron escogidas con un eje temático, sino que el mero hecho de que fueran piezas posiblemente copias griegas y algunas originales ya era de por sí una fuerte imagen de poder, de erudición y de riqueza, puesto que para su obtención, salvo expropiaciones, era necesaria su compra e importación, lo que suponía un elevado coste que no todo el mundo podía afrontar.

No fueron estos los únicos jardines que se relacionarían con emperadores. Los jardines de Lucio Aelio Lamia, también conocidos como los jardines Lamianos, pasarían a manos del emperador Calígula, quien se acabaría enterrando en los mismos, pues no olvidemos que desde sus orígenes los jardines también se habían vinculado al mundo funerario. Igualmente, también pasaron a ser propiedad imperial bajo el gobierno de Calígula los *Horti Lolliani* en el 49 a.C. y los *Horti Agrippinae*, donde mandó construir su circo, decorado con piezas como el obelisco que actualmente se alza en la plaza del Vaticano.

Por otro lado, los que estaban junto a los Lamianos, los de *Maiiani*, pasaron a engrosar a propiedad imperial del fisco bajo el poder de Nerón, como también lo harían los *Horti Torquatiani*, anteriormente propiedad de D. Iunius Silanus Torquatus, situados al sur de la *Via Praenestina*.

Hubo también casos curiosos como el de los jardines *Tauriani*, que Claudio y Nerón desmembraron y dieron a sus libertos Palla y Epafrodito, dando lugar

a los *Horti Pallantiani* y los *Horti Epaphroditani* (Segura Munguía, 2005: 74-75). Lo que no deja de ser una actuación en la que la imagen de benevolencia y magnanimidad de los emperadores respecto a los que habían sido sus siervos, quedaba patente por medio de los jardines, de lo que se deduce que los mismos eran no sólo imagen de poder sino un medio de poder en sí mismos.

Son numerosos los casos que se podrían seguir enumerando, como los *Horti Serviliani*, anteriormente propiedad de tío materno y padre adoptivo de Brutus y que pasarían al fisco imperial en el 65 d.C. siendo parte de la residencia de Nerón y de Vitelio (Suet., *Ner.*, 47, 1; Segura Munguía, 2005: 75); los *Horti Domitiae*, propiedad de Domicia la tía de Nerón y donde más tarde el emperador Adriano construyó su circo y su mausoleo, –el actual Castelo de Santángelo–; los *Horti Anniani*, que pasaron a ser propiedad de Marco Aurelio; los *Horti Titiani* en la *Via Campana*; los *Horti Getae*; la villa Albana de Domiciano, o los *Horti Galliani* del futuro emperador Galieno cuyo palacio aparece mencionado en *Los Mirabiliae Romae* (Segura Munguía, 2005: 75), entre otros.

Además de las expropiaciones de muchos de los jardines anteriormente mencionados, así como los que habían sido un regalo, la mayoría de todos los jardines que pasaron a ser propiedad imperial, se encontraban a las afueras de la primera muralla de Servio Tulio, que constreñía la ciudad de Roma, pero que cuando se levantó la muralla aureliana, la gran mayoría de los mismos pasaron a ser parte de los dominios imperiales, evitando así que se produjeran en las inmediaciones de las propiedades imperiales conjuras. Así pues, los jardines no sólo pasaron a ser un medio de exaltación de la imagen de poder del emperador, sino también un medio de protección frente a las posibles revueltas en contra del poder imperial (Segura Munguía, 2005: 76).

Por último, es de debida obligación la mención de la famosa la *Domus Aurea* de Nerón y de la villa Adriana en Tívoli, los mejores ejemplos conservados de imagen de poder imperial por medio de los jardines y su decoración artística. Su tamaño, su riqueza artística y vegetal, demuestran la fuerte intencionalidad del dueño en resaltar su imagen de poder.

Suetonio (*Ner.*, 31, 1-2), describe magistralmente la riqueza de la residencia de la *Domus Aurea*: “Para hacerse una idea de sus dimensiones y esplendor bastará con referir lo siguiente. Tenía un vestíbulo en el que se alzaba una estatua suya colosal, de ciento veinte pies de altura; era tan espaciosa, que albergaba pórticos de tres filas de columnas y mil pasos de largo, un estanque tan grande como un mar, rodeado de edificios que parecían ciudades, y, además, grandes extensiones de terreno, que incluían campos, viñedos, pastos y bosques, con una multitud de animales domésticos y salvajes de todo tipo. Todas sus habitaciones estaban forradas de oro y adornadas con piedras preciosas y conchas de perlas; sus comedores estaban cubiertos por unos paneles de marfil móviles y perforados por tubos, para que se pudieran esparcir desde el techo flores o per-

fumes; el comedor principal era redondo, y giraba continuamente sobre sí mismo, de día y de noche, como el mundo; sus baños tenían agua corriente del mar y de los manantiales de Álbula. Cuando inauguró semejante mansión, una vez acabadas las obras, le dio su aprobación exclamando que por fin había empezado a vivir como un hombre”.

De esta descripción detallada de la *Domus Aurea* de Nerón, se extraen aspectos interesantes, que se han ido apuntando a lo largo de la exposición. En primer lugar, la relevancia de poseer una casa o mansión de dimensiones descomunales y dotada de amplios y variados espacios verdes, subrayando de nuevo la idea de cómo la arquitectura y la naturaleza enaltecían la figura de poder del dueño que poseyera dicha residencia.

Igualmente, los materiales, piezas artísticas, –como la escultura del mismo emperador, de nuevo con proporciones colosales–, así como las diversas estancias, cuyos usos evidencian que albergaron a numerosas personalidades ante las cuales, Nerón se mostraría como un emperador fuerte, rico y poderoso, inciden en el deseo patente de mostrar la imagen de poder del emperador.

En el caso de la villa Adriana en Tívoli, la ingente cantidad de esculturas, la disposición de los jardines con los pórticos, la exuberancia vegetal, y la misma arquitectura, de nuevo inciden en esta idea de poder, que se perseguía desde el siglo II a.C. pero que alcanzó su cenit en época Imperial. La villa fue víctima de saqueos y expolios a lo largo de los siglos, lo que evidencia que su prestigio y riqueza fue conocido una vez iniciado su ocaso.

6. CONCLUSIONES

Desde antiguo el hombre ha buscado relacionarse con la naturaleza de diversas formas, de acuerdo al momento, a la necesidad o al mensaje que por medio de ella, de su dominio y cuidado, haya querido transmitir.

En el caso del mundo romano, gracias a la influencia helenística recibida por medio de los contactos no sólo militares sino también comerciales, el tradicional *hortus* romano, vinculado al aspecto agrícola y religioso-funerario, se vio modificado tanto en aspectos estructurales, –especialmente por la incorporación del peristilo o pórtico–, pero sobre todo, en aspectos funcionales y de representación, puesto que en el antiguo jardín privado y familiar, el dueño para reforzar su imagen de poder y su benevolencia reunirá a sus allegados en el pórtico de su casa, así como a personajes relevantes, y se servirá de las manifestaciones artísticas más variadas para enaltecer su persona.

Esta actitud desarrollada a partir del siglo II a.C. no fue exclusiva de gente acomodada, sino que eminentemente fue la actitud que mantuvieron los emperadores, quienes bien por medio de la compra, bien de la expropiación y las donaciones, fueron ampliando sus propiedades y construyendo un importante cinturón “verde”, que les garantizaba no sólo la consolidación de esa imagen sino también su protección ante posibles conjuraciones.

Augusto como medio de propaganda en su mensaje de poder, hizo hincapié en la importancia del campo y las pequeñas propiedades, frente a las grandes villas que se habían comenzado a edificar en las cercanías de Roma, pero también el mismo emperador no impidió la existencia de las que se fueron creando, tanto gente acomodada como sus propios familiares o las que él mismo recibió como obsequio.

De todo ello, se puede deducir que por medio de los jardines, de su decoración no sólo escultórica, sino también arquitectónica, pictórica y musivaria, el propietario del mismo buscaba reforzar su imagen de poder religiosa, militar, política, cultural...

Por tanto, en los jardines se puede atisbar los cambios, inquietudes, deseos y tendencias de la sociedad, la política, la cultura y el pensamiento, no sólo de una persona, sino de una época, y por ello, constituyen un aspecto fundamental para el estudio de la historia Antigua y de cómo por medio de ellos, se buscó y logró transmitir una serie de valores y mensajes.

7. BIBLIOGRAFÍA

FUENTES:

Himnos Homéricos, (ed. 1978), “*La Batracomiomaquia*”, introducción, traducción y notas de Alberto Bernabé Pajares, Gredos, Madrid.

ATENEO (ed. 1998), *El Banquete de los eruditos*, traducción y notas de Lucía Rodríguez-Noriega Guillén, Gredos, Madrid.

CATULO (ed. 1993), *Poemas*, introducciones, traducciones y notas de Arturo Soler Ruiz, Gredos, Madrid.

CATÓN (ed. 2012), *Tratado de Agricultura*, traducción, introducción y notas de Alfonso García-Toraño Martínez, Gredos, Madrid.

CICERÓN (ed. 1996), *Cartas a Ático*, introducción, traducción y notas de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez, Gredos, Madrid.

- CICERÓN (ed. 2001), *El Orador*, traducción, introducción y notas de E. Sánchez Salor, Alianza editorial, Madrid.
- (ed. 2005), *Disputaciones Tusculanas*, introducción, traducción y notas de Alberto Medina González, Gredos, Madrid.
 - (ed. 2008), *Cartas a familiares*, introducción, traducción y notas de José A. Beltrán, Gredos, Madrid.
- COLUMELA (ed. 2004), *Libro de los árboles. La labranza*, introducción, traducción y notas de José Ignacio García Armendáriz, Gredos, Madrid.
- HESÍODO (ed. 1990), *Teogonía*, introducción, traducción y notas de M^a Antonia Corbera Lloveras, Akal, Madrid.
- (ed. 1990), *Trabajos y días*, introducción, traducción y notas de M^a Antonia Corbera Lloveras, Akal, Madrid.
- HOMERO (ed. 2008), *Odisea*, introducción de Manuel Fernández-Galiano, traducción de José Manuel Pabón, Gredos, Madrid.
- HORACIO (ed. 2007), *Odas. Canto Secular. Epodos*, introducción, traducción y notas de José Luis Moralejo, Gredos, Madrid.
- (ed. 2008), *Sátiras. Epístolas. Arte Poética*, introducción, traducción y notas de José Luis Moralejo, Gredos, Madrid.
- JENOFONTE (ed. 1987), *Ciropedia*, introducción, traducción y notas de Ana Vegas San-salvador, Gredos, Madrid.
- (ed. 1991), *Anábasis*, introducción de Carlos García Gual y traducción y notas de Ramón Bach Pellicer, Gredos, Madrid.
 - (ed. 1993), *Económico*, introducciones, traducciones y notas de Juan Zaragoza, Gredos, Madrid.
- JUVENAL (ed. 1991), *Sátiras*, introducciones generales de Manuel Balasch y Miquel Dolç, introducciones particulares, traducción y notas de Manuel Balasch, Gredos, Madrid.
- LUCRECIO (ed. 2003), *Naturaleza*, traducción de Francisco Socas, Gredos, Madrid.
- OVIDIO (ed. 2008), *Metamorfosis*, traducción, introducción y notas de José Carlos Fernández Corte y Josefa Cantó Llorca, Gredos, Madrid.
- PALADIO (ed. 1990), *Tratado de Agricultura*, traducción, introducción y notas de Ana Moure Casas, Gredos, Madrid.
- PLATÓN (ed. 1992), *Diálogos. Timeo*, traducciones, introducciones y notas de Ángeles Durán y Francisco Lisi, Gredos, Madrid.
- PLINIO EL JOVEN (ed. 2005), *Cartas*, introducción, traducción y notas de Julián González Fernández, Gredos, Madrid.
- PLINIO (ed. 2002), *Historia Natural*, edición y traducción de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaría, Susana González Martín y Eusebia Tarrío, Cátedra, Madrid.

- PLUTARCO (ed. 2006), *Vidas paralelas, III*, introducciones, traducción y notas de Aurelio Pérez Jiménez y Paloma Ortiz, Gredos, Madrid.
- PROPERCIO (ed. 2008), *Elegías*, Introducción, traducción y notas de José Beltrán, Gredos, Madrid.
- SUETONIO (ed. 1992), *Vidas de los doce césares*, traducción y notas de Rosa M^a Agudo Cubas, Gredos, Madrid.
- TÁCITO (ed. 1980), *Anales*, traducción y notas de José L. Moralejo, Gredos, Madrid.
- (ed. 2013), *Historias*, introducción, traducción y notas de Antonio Ramírez de Verger, Gredos, Madrid.
- TÍBULO (ed. 1993), *Elegías*, introducciones, traducciones y notas de Arturo Soler Ruiz, Gredos, Madrid.
- VIRGILIO (ed. 1990a), *Geórgicas*, introducción general de J. L. Vidal, traducciones, introducciones y notas de Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruiz, Gredos, Madrid.
- (ed. 1990b), *Bucólicas*, introducción general de J. L. Vidal, traducciones, introducciones y notas de Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruiz, Gredos, Madrid.
- VIRGILIO (ed. 1997), *Eneida*, introducción de Vicente Cristóbal y traducción y notas de Javier de Echave-Sustaeta, Gredos, Madrid.
- VITRUBIO (ed. 2008), *Arquitectura*, introducción, traducción y notas de Francisco Manzanero Cano, Gredos, Madrid.

BIBLIOGRAFÍA:

- BAZIN, G. (1990), *Historia del Jardín*, Barcelona.
- CIMINO, M. G., LE PERAS, S. (2002), "Il verde a Roma in età antica: La città, il suburbio", R. Cassetti, M. Fagiolo (eds.), *Roma. Il verde e la città: giardini e spazi verde nella costruzione Della forma urbana*, Roma, 19-30.
- CROISILLE, J. M., MARTIN, R., PERRIN, Y. (1999), *Neronia, Neron: histoire et légende: actes du ve Colloque international de la Sien*, Clermont Pomxelles, Bruxelles, Latomus.
- DI PASQUALE, G, PAOLUCCI, F. (eds.) (2007), *Il Giardino antico da Babilonia a Roma, Scienza arte e natura*, Livorno.
- ENGE TORSTEN, O. (1992), *Arquitectura de Jardines en Europa. 1450-1800. Desde los jardines de las villas de Renacimiento italiano hasta los jardines ingleses*, Colonia.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. (1998), *Poesía epigráfica latina*, Madrid.

- GARCÍA-ENTERO, V. (2003-2004), "Algunos apuntes sobre el jardín doméstico en Hispania", *AnMurcia*, 19-20, pp. 55-70, Murcia.
- GRIMAL, P. (1969), *Les jardins romains*, Paris.
- GOTHEIN, M. L. (1979), *A History of Garden Art*, New York.
- HALES, S. (2003), *The roman house and the social identity*, Cambridge.
- KLUCKERT, E. (2000), *Grandes Jardines de Europa. Desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Colonia.
- LINTOTT, A. (2008), "The search for Otium", *Cicero as Evidence. A Historian's Companion*, Oxford.
- MACDOUGALL, E. B., JASHEMSKI, W. F. (eds.) (1981), *Ancient Roman Gardens*, Washington D.C.
- MARTÍNEZ, M. (2008), "Descripciones de jardines y paisajes en la literatura griega antigua", *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos*, 279-318, Madrid.
- PÁEZ DE LA CADENA, F. (1982), *Historia de los estilos de jardinería*, Madrid.
- PALLADIO, A. (Ed. Original 1554), (2008), *Las antigüedades de Roma*, J. Riello, (ed.), Madrid.
- RIDGWAY, B. S. (1981), "Greek antecedents of Garden Sculpture", E. B. Macdougall, W.F. Jashemski, (eds.), *Ancient Roman Gardens*, Washington D.C.
- RODRÍGUEZ ADONIS, M. (1995), "El Epicureísmo y su repercusión histórica", *Thémata*, 13, 175-195, Sevilla.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, R. (2008), *El huerto en la Roma Antigua. Su problemática urbanística y agraria*, Madrid.
- SEGURA MUNGUÍA, S. (2005), *Los jardines en la Antigüedad*, Bilbao.
- TITLEY, N., WOOD, F. (1991), *Oriental gardens*, London.
- VERZÁR-BASS, M. (1998), "A propósito dei mausolei negli horti e nelle villae", M. Cima; E. La Rocca (eds.), *Horti romani, Atti del Convegno Internazionale*, 401-424, Roma.
- ZANKER, P. (2008), *Augusto y el poder de la imágenes*, Madrid.